



CATEGORÍA NIVEL INTERMEDIO  
**PRIMER PREMIO**

**CEA(R)**  
Comisión Española  
de Ayuda al Refugiado

**AWA GUEYE, CEAR ANDALUCÍA ORIENTAL**

## OCHO DÍAS PARA UNA NUEVA VIDA

Me llamo Awa Gueye y soy senegalesa. Mi país es un lugar muy arraigado a la tradición y a la cultura, nací y crecí en una familia que me impuso el matrimonio a muy temprana edad. Pero, como era la única hija de mis padres y por el arraigo a la tradición y la cultura local, ellos jamás se preocuparon por esta situación.

Fue un día que todo comenzó a cambiar, después de entrar al colegio comencé a entender las influencias que cambiarían mi vida.

Por aquel entonces, disfrutaba yendo al colegio, paseando con mis amigas, jugando con mis vecinas y admirando el paisaje. Recuerdo que me encantaba después del colegio salir con mis compañeras y hacer juegos de palabras de vuelta a casa. También inventábamos historias de todo lo que veíamos en nuestro camino, como la historia de las piedritas que marcaban los senderos, las plantas y flores que cuidaban las señoras o las que crecían en las zonas más desérticas, y hasta les poníamos nombres a los animalitos que se cruzaban a nuestro paso.

Pero la historia se volvió sombría cuando supe que mis padres querían casarme con un hombre que era de la edad de mi padre y era amigo de ellos. Este hombre **había planeado este matrimonio concertado con mis padres desde hacía mucho tiempo antes**, y aunque mi madre era reacia a este enlace, no podía interponerse a la decisión de mi padre con el acuerdo de este hombre. Aturdida, triste y decepcionada me fui corriendo a casa de mi mejor amiga para resguardarme, después de que mi madre me sugiriera huir de la casa como única solución.

En esta vuelta a la realidad que me atormentó, siendo todavía una niña, mi madre llamó a una prima suya para comentarle el problema que me atravesaba y pedirle que me acogiera en su familia. Felizmente, tuve la suerte de poder ir con ellos, trabajando en su casa y honrando la amabilidad que tuvieron por encargarse de mí ante los conflictos que se habían cruzado en mi vida.

Estos familiares con los que me alojé tenían un viaje programado para las Islas Canarias. Habían conseguido unos pases para dejar Senegal en búsqueda de una mejor vida. Llegó el día del ansiado viaje, era el 28 de octubre, pasaban las tres de la mañana, y ahí estábamos los tres subiéndonos a la patera. Aquel fue un día inolvidable para mí, y creo que el más importante hasta este momento de mi vida. Tomamos el trayecto que recorrería de trescientos a cuatrocientos

kilómetros pensando que llegaríamos en cuatro días a las costas españolas. Pero no fue así.

En la patera, mal iba sentada en el centro de la embarcación con otras muchas mujeres y niños a mi alrededor. Apenas podía estirar mi cuerpo. Los tres primeros días habían pasado con un ánimo esperanzador. Y al cuarto, todas las personas pensaban que en cualquier momento veríamos tierra, la tierra que nos brindaba la esperanza.

Huíamos de la pobreza, de las guerras y conflictos que está atravesando nuestro país. Huíamos de la miseria, del hambre, del trabajo esclavo. Huíamos de la imposibilidad de vivir nuestra infancia. Huíamos de la violencia física y sexual. Huíamos de los matrimonios concertados. Huíamos porque pensamos que merecemos vivir. Porque hay otra forma de vivir.

Hui para conseguir ser dueña de mi propia vida, para tomar mis decisiones por mí misma, para continuar una educación y conseguir un oficio que no sea esclavo. Hui para poder disfrutar del amor con la persona que quiera algún día.

Pero llegó el quinto día y seguíamos sin ver tierra, la comida ya era muy escasa y las botellas de agua potable se acababan. En la embarcación había personas que enfermaron durante el trayecto y no había medicamentos ni nadie que pudiera ayudarles. Cuando llegaba la noche el sueño era imposible, las olas se volvían contra el cayuco y era imposible agarrarse a algo dentro del cayuco.

Y el sexto día. Y el séptimo.

Apenas tengo recuerdo de estos momentos del viaje. Fueron los más duros. Las personas a mi alrededor guardaban silencio. No teníamos fuerzas. El miedo se apoderaba de cada una de nosotras. Y la desolación.

Éramos trescientas ochenta y cinco personas intentando cumplir un sueño, intentando aferrarnos a la vida que nos era imposible vivir en la tierra que nos la dio.

A la mañana del octavo día conseguimos llegar a aguas internacionales, y una embarcación de salvamentos nos llevó a tierra. Estábamos en España. Con inmensa tristeza, cinco personas murieron durante el largo trayecto. Qué trágico y cruel viaje.

Después de que me atendieran por la deshidratación del trayecto, conseguí llamar por teléfono a mi madre. Me confirmó que mi padre no quería saber nada más de mí. Me rechazaban y repudiaban por la decisión que tomé al escaparme de aquel matrimonio forzoso.

Aquella decisión de huir me deja en paz. Realmente les extraño, pero sé que ahora tengo la posibilidad de comenzar mi vida de nuevo. Sin huidas.